

Lucila, Sebastián, Melina les agradecemos en nombre de toda la residencia del Hospital Mi Pueblo el compartir su práctica, su estilo, su pensar y el posterior ejercicio de visitar la clínica vía la escritura. Hoy más que nunca celebramos todos los espacios que nos encuentren bajo la figura de trabajadores de la salud pública que piensan su quehacer y el contexto en el que se sumerge la misma. Es un desafío poner a conversar ambos trabajos, lo intentaremos aquí, con la intención de no forzarlos sino de animarnos a ver qué podemos producir. Tenemos un eje que nos orienta: el de la repetición. Esa cartografía psíquica, institucional y social que nos puede conducir a una letanía o invitarnos a crear: a ser trabajadores estatales que se animan al acto creativo y a ser analistas conducidos por el deseo que convidan al acto analítico. ¿Cómo volver la repetición transgresión? ¿Cómo disfrazarla de novedad? Tenemos que arreglárnosla con el encuentro de lo que no cesa de insistir siempre con el mismo rostro. Decíamos en la fundamentación: tomar el desafío, convertir el obstáculo en orientador, darle fecundidad al mismo como posición ética es aquello que nos sostiene cada día como agentes de salud pública y analistas.

En principio, Lucila y Sebastián abordan una experiencia comúnmente compartida por muchos de los presentes, consistente en “repetir el sermón, a modo de estribillo” en la guardia. Le ponen palabras a esas respuestas estandarizadas que esbozamos -quizás a modo de defensa- ante la constante conversión de la institución hospitalaria en una máquina, con el expendio de recetas o la gestión del riesgo como clásicos ejemplos. A ello le agregan otro interrogante muy característico de la formación en la residencia - inherente a la misma-, el de la pregunta por cuál es nuestra función allí. Pero hay una pregunta que introducen que considero absolutamente original y novedosa (la novedad en la repetición, aquí el guiño): ¿qué de lo que se repite es una urgencia? Ante la totalización de las instituciones totales señalan un elemento a diferenciar, a separar. Esa escansión habilita una articulación teórico-clínica que nos convoca a pensar como

¹⁷ Lic. DOMANICO, María Ayelen. Lic. en Psicología. Residente de 4to año de Psicología Clínica del HZGA Mi Pueblo, Florencio Varela. Email: ayelen.domanico@gmail.com

analistas y como agentes de salud. Nos posiciona en un punto crucial como trabajadores. Si la urgencia subjetiva implica alcanzar un límite y la intervención en esos casos busca involucrar al sujeto, ¿podemos transpolar estas ideas al campo de los efectores? ¿También nosotros, como profesionales, nos enfrentamos a un límite en la presentación reiterada, insistente de estas consultas? ¿Cómo nos compromete?

Hay un clamor que se escucha. Lucila y Sebastián proponen transformar la urgencia en un hecho de discurso, convertir el grito en llamado, una ética del bien decir. Pues bien, hablar sobre nuestras prácticas, los dispositivos que las alojan, las políticas que las conducen son una vía para no quedar detenidos en este obstáculo. Un disparador es la historización, la genealogía. Lucila y Sebastián comienzan contextualizando los orígenes de la institución en la que trabajan: el asilo de desahogo de crónicas. Hoy en día, el asilo farmacológico de la Región VI para desahogar las dificultades de continuidad de cuidados en tratamientos. Luego continúan definiendo la urgencia como un emergente del malestar. Nos comparten otro emergente, el que sucede en las guardias de los hospitales públicos del conurbano. No son hechos aislados, los ponemos a dialogar aquí. Luego describen los fenómenos que hacen parte de esta situación (las renunciaciones de trabajadores, las barreras en el acceso a tratamientos farmacológicos respecto a faltante de profesionales o medicamentos). Nos traen el concepto de fragmentación como modo de nominación de este fenómeno. Y entonces dicen algo maravilloso, que nuestra tarea es recuperar la construcción de sistemas que restituyan el derecho a pensar. Encontrarnos aquí, en red y pensando es una de las maneras que tenemos de disfrazar este real de otra cosa. A través de una viñeta clínica y su correspondiente articulación teórica, Luciana y Sebastián sistematizan un modo de trabajo y lectura: ubicar lo operativo, situar la complejidad, subjetivar la urgencia, escuchar, localizar al sujeto y comprometerlo. Les agradecemos ese esfuerzo e impulso vital.

Melina se encuentra en sintonía. Incorpora también la escritura, por su parte, como formalización de un caso. Allí lo que insiste es lo mortificante del goce en la vida singular de una joven, de Lucila. La escritura de Melina nos presenta a la escritura de Lucila como un tratamiento ante ese desborde, como una invención, un recurso cuando existir se torna imposible. Escenas de pérdida en lo real del sostén imaginario que desestabilizan un

modo de existir, desenganches que producen fenómenos de mortificación que en su reiteración se recrudecen. Un punto de basta. Aparece la analista como partenaire imaginario. Se suma la escritura, la invención como una “creación a partir de materiales existentes”. Y una creación original y novedosa: la intervención del dibujo de la figura como recubrimiento imaginario. Del dolor de existir melancólico a un vivir apasionado, en el medio sesiones en las que se repite lo difícil del existir. Para salir de aquella inercia fue necesario que algo haga la diferencia. Melina nos cuenta cómo propiciaron esa distinción que marca temporalidad.

Ese más allá. Muchas veces se suele hacer la analogía del psicoanálisis como un arte, del analista como artesano, del análisis como escritura, se articula el psicoanálisis con la literatura. Me gustaría terminar este comentario, entonces, compartiendo alguna reflexión acerca de la escritura de todos los aquí presentes como actos creativos en si mismos. Gilles Deleuze en el año 1987 dio una conferencia en la Fundación FEMIS (la Escuela Nacional de Cine en Francia) llamada “¿Qué es el acto de creación?” Ahí se pregunta qué es tener una idea, dice que es algo raro, que ocurre de manera extraña. Pero que cuando pasa, es una fiesta. Plantea que para que haya una idea, es necesario que haya una necesidad. Deleuze no lo sabe, pero reversiona la famosa frase de Eva: donde hay una necesidad, además de un derecho, nace una idea. Y dice algo más: que es en nombre de mi creación que yo tengo algo que decir a alguien. Trae a Malraux, quien según él dice una cosa muy simple sobre el arte. Dice que es la única cosa que resiste a la muerte. Deleuze piensa al acto creativo como acto de resistencia, lo que resiste a la muerte. Podemos terminar diciendo, entonces, que esa otra cosa, eso que creamos e inventamos resiste a la compulsión de repetición, a lo compulsivo de la pulsión de muerte. Así se abre el campo del porvenir.